

INTELECTUALES Y NACIÓN: EL CASO DEL PERONISMO EN ARGENTINA

ALEJANDRO GRIMSON

Doutorando em Antropologia
Universidade de Brasília

NEIBURG, Federico. 1997. *Os Intelectuais e a Invenção do Peronismo*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo. 242 pp.

El libro de Federico Neiburg habla doblemente sobre una Nación, la Argentina. Porque habla del peronismo, a la vez movimiento político y proceso histórico clave en el decurso de la institución de sentidos de la nacionalidad, y habla de los intelectuales argentinos que cumplieron un papel clave en la acción constructiva de los “problemas nacionales”. O, mejor dicho, habla de cómo los intelectuales argentinos de las décadas del '50 y del '60 se constituyeron como tales, forjaron su identidad social y su legitimidad enunciativa, a través de intentar explicar el peronismo. Porque constituirse como intelectual en una sociedad que se concibe a sí misma como *nación en crisis* se tradujo en aquel momento histórico en explicar la crisis nacional explicando el peronismo. Entonces, Neiburg lee la relación peronismo-intelectuales como una imbricación: los intelectuales participaron activamente en la “fabricación” de las representaciones sobre el peronismo a la vez que sólo podían constituirse como tales construyendo interpretaciones del peronismo. Su interés se concentra en aquello que esas interpretaciones y sus autores dicen acerca de la sociedad y la cultura en que ellos mismos fueron producidos. En otras palabras, se trata de hacer inteligibles “las condiciones de producción de los propios debates” (: 21)

El libro está organizado en seis capítulos, una introducción y las reflexiones finales. En los primeros tres capítulos, Neiburg analiza los posicionamientos y debates entre los intelectuales que tomaron el peronismo como objeto después de la “Revolución Libertadora” de 1955, el golpe de estado que derrocó al segundo gobierno de Perón. Allí puede leerse al mismo tiempo una génesis de las cuestiones que estructurarían las controversias y una génesis social de algunos de sus principales protagonistas, así como sus vínculos con las mitologías nacionales que se articulan con otros contextos históricos. Los restantes tres capítulos, con una perspectiva más historiográfica, analizan la relación entre elites sociales y elites intelectuales en el proceso de conformación del campo intelectual a mediados de siglo y el modo en que se conforma un sector clave del campo académico después de 1955. Por una parte, Neiburg analiza cómo la nueva sociología científica liderada por Gino Germani, en su propia búsqueda de legitimación, propuso una explicación para los dilemas nacionales que era, al mismo tiempo, una interpretación del peronismo. Por otra, un capítulo revelador sobre la reconstrucción de la universidad posperonista — que dio origen a lo que hoy se recuerda como sus “años de oro” — sustentada en la violenta exoneración de los adversarios legitimada en la afirmación de que la universidad — como todo el país — había pasado por un verdadero “holocausto”.

Intentaré ubicar los argumentos y aportes de Neiburg en relación al contexto histórico específico que analiza, así como en su vinculación con una parte de la actual investigación y producción sobre intelectuales y nación en la Argentina. En primer lugar, analizaré aquellos que considero son aportes clave del libro acotando, sin embargo, algunos de sus alcances a cierto tipo de “intelectuales” ubicados en un contexto histórico específico. En particular, subrayaré algunos caminos interpretativos que Neiburg propone y que, según entiendo, contribuyen a comprender procesos más amplios de lo que dio en llamarse la “cultura argentina”. Por otra parte, intentaré reconstruir su propio lugar de enunciación y su relación — como intelectual — con los intelectuales que analiza. En la segunda sección, mostraré brevemente cómo su trabajo se articula con análisis recientes acerca de la relación entre antropólogos, peronismo y nación. Por último, haré un comentario acerca de la ausencia actual de reflexión sobre la Nación en un amplio sector de los intelectuales argentinos.

La “cultura” de la confrontación

Apresurémonos a señalar que Neiburg no sostiene que los intelectuales “inventaron” el peronismo. Como todo fenómeno sociocultural, “el peronismo resulta de las acciones de diferentes agentes sociales, situados en diferentes áreas del espacio social” (: 16). Para Neiburg los intelectuales cumplieron un papel relevante en esa construcción — y no sólo, como habitualmente se cree, los sectores populares. Entonces, se abren una serie de cuestiones. Las representaciones sociales son constitutivas de los procesos sociales. Pero, ¿esas representaciones son creadas siempre por los intelectuales? ¿Cuál es el sentido de “intelectual” en el libro de Neiburg? Vayamos por partes. Neiburg historiza los usos del significante y los cambios en el significado peronismo. Sitúa la escena de su primera utilización en los enfrentamientos políticos que ganan las calles. Es en esas movilizaciones, en las que se disputaba el poder a través de una lucha por el espacio urbano (Neiburg 1992), donde se constituyen los primeros esbozos de las identidades *peronista* y *antiperonista*. Surgido en las calles, el significante — después de la victoria electoral de Perón como candidato del Partido Laborista — deviene Partido y, después, política de Estado y doctrina. Entonces, con la presidencia de Perón, surgen “nuevas figuras que venían a ocupar la estructura burocrática del régimen; cuadros encargados de elaborar *políticas peronistas*, congresistas dispuestos a discutirlos y sancionarlos, funcionarios públicos encargados de darles ejecución, profesores y periodistas dedicados a su publicidad” (: 18). Es decir, con el peronismo en el Estado surge un aparato intelectual cuya tarea no es sólo la aplicación de nuevas políticas, sino la construcción de su significado y de su difusión. Surge, quizás podamos decirlo así, una camada de intelectuales orgánicos del nuevo régimen que, en gran medida, serán sus constructores materiales y simbólicos. Y dije *intelectuales* para incluirlos en la categoría que se encuentra en el título del libro y remarcar que también ellos fueron parte, como Neiburg dice, de la fabricación del “peronismo”.

Este complejo aparato burocrático-intelectual acompaña la labor básica iniciada y liderada por el propio Perón. Si la dicotomía peronista-antiperonista estructura durante décadas las controversias de la “cultura argentina” es, al menos en parte, porque el proceso histórico había instituido una

articulación— que ciertos sectores de los intelectuales intentarán desarticular — entre peronismo y nacionalidad. Es en la inédita movilización popular del 17 de octubre donde se condensa la producción de una nueva identidad. En esa escena, “bajo la mirada de Perón, los trabajadores se descubren como argentinos” y “es la mirada de los trabajadores la que transforma a Perón en el primer trabajador”. De ese modo, se materializa la articulación entre “Patria, Nación, pueblo y trabajadores” (Sigal y Verón 1986: 47). Ese proceso de estructuración implica que la posición de Perón acaba constituyéndose como “la posición de la Patria” y, por lo tanto, el lugar de la alteridad “es, en definitiva, la anti-Patria” (Sigal y Verón 1986: 65). Entonces, peronismo y Nación se anudaban no sólo para el gobierno, sino para amplios sectores de la población. Así, una consigna decisiva de la campaña electoral que lo convierte en presidente constitucional contraponía al embajador norteamericano con el propio candidato del Partido Laborista: Braden o Perón. Y Perón mismo insistirá en esta articulación en diversas oportunidades: “ningún argentino de bien puede negar su coincidencia con los principios básicos de nuestra doctrina sin *renegar primero de la dignidad de ser argentino*” (Sigal y Verón 1986: 69).

Pero no son los intelectuales orgánicos del gobierno peronista aquellos que Neiburg analiza, sino otros sin duda de mayor trascendencia histórica en tanto individualidades, en tanto nombres y lugares de enunciación, en tanto estilos. Una parte relevante de esos otros intelectuales, aquellos que fueron parte de los principales debates de los años '60-70, se encontraban durante el gobierno peronista en los albores de su producción y fue sólo después de la caída de Perón que escribieron sus libros más conocidos. Es decir, si ellos fueron parte de la “invención” del peronismo lo hicieron después de que la década peronista había terminado. En ese sentido, me inclino a pensar que Neiburg escogió más a los intelectuales que *después* resultaron consagrados, a excepción del primer capítulo. Y eso es relevante en dos sentidos: por un lado, porque da cuenta de que hubo diez años entre el primer uso de la palabra “peronismo” en las calles y los textos más importantes que Neiburg analiza; por otra, porque permite señalar la existencia de ese cuerpo de intelectuales orgánicos del “estado peronista” que quedan fuera del libro.

Considero que esta operación metodológica está ampliamente justificada, especialmente en tanto el lector percibe que, entre “intelectuales” y “peronis-

mo”, Neiburg analiza fundamentalmente cómo los primeros construyeron su sociodicea a través de analizar al segundo, y en ese proceso también lo construyeron. El libro de Neiburg, a mi parecer, constituye un original y provocativo análisis de cómo, *después* de la “Revolución Libertadora” de 1955, los intelectuales debatieron la cuestión del peronismo como centro de las luchas por los sentidos y los proyectos para la Argentina. Estudiar la relación entre peronismo e intelectuales básicamente después de la caída de Perón — período que incluye cinco de los seis capítulos del libro —, más específicamente, en el período clave 1956-1966 (después de Perón, antes de la autodenominada “Revolución Argentina”) ¹ implica una serie de especificidades. En primer lugar, 1956 es sin duda un punto de inflexión en la relación entre peronismo e intelectuales. Cuando el peronismo es expulsado del poder la relación de los intelectuales comienza a modificarse. Por una parte, las izquierdas y los sectores progresistas se vieron afectados por una grave crisis ideológica por el contraste entre sus expectativas que los llevaron a apoyar el golpe de estado de 1955 y las nuevas realidades políticas ². Entre ellos, retornaron los efectos del “síndrome 17 de octubre” (Terán 1991: 54), cuando lo que hoy se considera la “entrada de las masas en la escena política” fue menospreciado como un acto fascista o policial. Una estructura de culpabilización parecía ganar terreno cuando medidas represivas del gobierno militar provocaban indignación y estos intelectuales percibían que se separaban más del pueblo. Pero esta crisis ideológica fue más allá e incluyó una crisis de la tradición liberal que condujo de las “confiadas certidumbres de 1955 al pesimismo y desconcierto de comienzos de la década del sesenta” (Cernadas 1997: 135).

Las figuras que analiza buscaban hacer de su capacidad de “interpretar *al pueblo* un aspecto de su propia sociodicea, una forma de construir su identidad como intelectuales, produciendo una imagen de mundo social y, al mismo tiempo, un lugar para sí mismo en ese mundo” (Neiburg 1997: 45). En el

-
- 1 El golpe de estado de 1966 derrocó al gobierno radical de Illia, surgido de elecciones con el peronismo proscripto. El gobierno *de facto* continuaría hasta 1973, cuando el peronismo vuelve a ganar las elecciones y se abre un interregno constitucional hasta el golpe de 1976.
 - 2 Entre los análisis de Neiburg de esta cuestión sobresale la revista *Contorno* que, después de criticar las “deposiciones de los antiperonistas” así como las “deposiciones de los peronistas de ayer”, declaraban en 1956 que su testimonio sería “el de un peronista de hoy”.

contexto histórico posterior a 1955, se producen dos restricciones del campo de lo enunciable en términos de esos propios intelectuales. En primer lugar, hablar de la nación implicaba necesariamente hablar del peronismo. En segundo lugar, en términos políticos, las dos grandes opciones fueron su propia *peronización* -acercarse al “pueblo peronista” — o la *desperonización* del pueblo. Estas dos estrategias, en que se traduce el diagnóstico de que la ausencia de Perón implicaba que su base social se encontraba en disponibilidad, parecen haber corrido suertes muy diferentes. Mientras la “peronización de los intelectuales” acabó constituyendo la base misma de procesos políticos de enorme envergadura en las dos décadas siguientes, la “desperonización del pueblo” fue una retórica que durante décadas no fue mucho más allá de los libros y las revistas.

Construyendo con fuertes marcas bourdeanas un objeto aún muy escasamente explotado en la antropología, y casi nada analizado por los etnógrafos argentinos, Neiburg proyecta y muestra la productividad de la teoría antropológica para develar las lógicas específicas de los intelectuales argentinos y de la “sociedad nacional”: la ciencia como creencia social, la lucha intelectual sobre el peronismo como lucha de honor y la polémica como duelo, así como elementos de la concepción levi Straussiana de los mitos para analizar los relatos “nacionales”. Los *esquemas de eficacia permanente* trabajaban como estructura interpretativa de todo sector que participara de la polémica construyendo al peronismo, al mismo tiempo, como “la manifestación de un enigma ancestral y la revelación de un fenómeno inédito” (: 87). Esa lógica se anudaba con la propia construcción de la figura del intelectual en tanto su capacidad hermenéutica sería más deslumbrante en tanto más misterioso fuese el enigma del peronismo, al tiempo que su tarea sería más relevante en la medida en que su objeto, el peronismo, fuera una manifestación de un drama mayor: “el drama de construir la nación, un capítulo más de la *crisis argentina*” (: 87).

Se trata fundamentalmente de un trabajo de *traducción*, es decir, de un trabajo etnográfico que descotidianiza las categorías y las operaciones a través de las cuales los argentinos pensamos nuestra cultura y nuestra política. El referente empírico -libros, artículos y otros materiales académicos- no es “típicamente antropológico”, pero sobre él se proyecta un enfoque

desnaturalizador que consigue reponer los presupuestos compartidos en un campo de contendientes. En la medida en que el dispositivo de producción identitario del propio estado articulaba su doctrina con la Nación, uno de sus éxitos consistió justamente en que cualquier imaginación diferente de la Argentina partiera de la premisa de su “liquidación”. Pero nada sería más equivocado que buscar algún principio cercano para esta fabricación de dicotomías polares. O, en todo caso, esos principios se encuentran, afirma Neiburg, lejos de la época histórica que se inicia a principios de los años '40. Los mismos “padres fundadores” habían elaborado sus proyectos de Nación en base a la contraposición de *civilización y barbarie*; desde poco después de la Independencia hasta mediados del siglo XIX el país vivió una guerra civil entre *unitarios y federales*; hasta la actualidad un parámetro taxonómico básico entre los argentinos divide a los de la “capital” y los del “interior”. Y no sólo todas esas dicotomías, y otras, se actualizaron y cobraron nuevos sentidos con el peronismo, sino que, como señala Neiburg, fue la estructura dicotómica histórica sobre la cual el peronismo se constituyó.

En la base de su concepción se encuentra la centralidad de la noción de “crisis” en los relatos sobre la nación. A medio camino entre los mitos nacionales de los Estados Unidos con su retórica de realización progresiva de un destino de grandeza y los mitos fundadores del Estado balinés con su gradual degradación de un modelo de perfección en el pasado, “los relatos sobre la *crisis argentina* tratan como una anomalía la permanencia de una situación de *desintegración*. Escritos generalmente en tono dramático, hablan no sólo de la dificultad, como de la imposibilidad, de realizar un destino grandioso” (: 88). Los intelectuales que discutían los orígenes del peronismo en la segunda mitad de los años '50 buscaron la genealogía de esta problemática en el ensayo de los años '30 que diagnosticaba una “profunda crisis de identidad nacional”, así como en la Generación de 1837. Entonces, el anclaje en una “tradicción” implicaba recuperar un modo bipolar de pensar la Argentina. Recuperar dicotomías que trabajaban sobre la pretensión de “unificación” o “integración”, en la búsqueda de construcción de una Nación donde desaparezcán los contrastes entre las “dos Argentinas”: la rural y la urbana, la de los dirigentes y la del pueblo, la de dos clases irreconciliables, de la Revolución y la Contra-revolución.

Justamente, la “sociología científica” de Germani intentaba ofrecer alternativas de solución para el problema social que esa misma sociología legitimaba: la “integración” de la sociedad argentina. Según su perspectiva, una nación para estar bien constituida debe alcanzar la integración armoniosa de todos los grupos que la componen. Un país que integró algunos grupos en ciertos planos y los mantuvo al margen en otros, como la Argentina, es una nación en crisis. Entonces, la crisis de la sociedad contemporánea era un crisis de integración. Para Germani, dice Neiburg, “el peronismo había sido una forma perversa de solucionar ese problema y la desperonización significaba buscar alternativas mejores” (: 63). Así, el peronismo y la desperonización eran construidos como problemas nacionales desde la nueva sociología³.

Pero además el estado nación es producido a través de asumirlo como parámetro autoevidente de definición de la “estructura” analítica. Es decir, el estado nación se asume como referente “natural” de los análisis sociales y, de ese modo, es construido. Sin embargo, de esa operación resultan imágenes no siempre homogéneas. Más bien, dependiendo de sociodiceas diversas y posiciones de enunciación divergentes, la Nación es producida *en* el debate acerca de los significados sobre ella misma. Por eso, dirá Neiburg, mientras conceptos como “sociedad” o “cultura nacional” hacen referencia a consensos y mundos simbólicos compartidos, los temas centrales de los intelectuales argentinos en los años '50 y '60 son la oposición y la dicotomía, la percepción de que sólo existe en común un terreno de disputa. Las “teorías nativas” sobre la Argentina, dice Neiburg, “tienen la particularidad de revelar lo que muchas otras teorías construidas para pensar otras realidades nacionales ocultan: el hecho de ser descripciones que contienen aspiraciones normativas. Su mayor ambición, y también su mayor prueba de eficacia, es ser capaces de actuar y producir efectos sobre el mundo social” (: 215).

Las interpretaciones sobre la naturaleza del peronismo, por lo tanto, no son independientes ni exteriores a su existencia social: para Neiburg hay una

3 Debe señalarse que, después de Germani, la sociología argentina se desarrolló en direcciones diversas y realizó investigaciones múltiples sobre el peronismo. Aunque incluso un listado de esos trabajos sería una tarea ardua pueden mencionarse Murnis y Portantiero (1984), Torre (1988), Sigal y Verón (1986).

relación constitutiva entre “representaciones de la realidad” y la “realidad”. Desde mi punto de vista, aquella “relación constitutiva” es una clave problemática. Es una clave, creo, porque pensarla como “niveles” conduciría necesariamente a metáforas espaciales que insistan en la separación ontológica y, por lo tanto, en una primacía en uno de los polos de la dicotomía que mostró importantes limitaciones en su productividad analítica. Es problemática, sin embargo, porque el ensayo social y la ciencia social construyen su pretensión de legitimidad a partir de la postulación de una mirada “meta”, de una distancia con un objeto o referente dado. Por lo tanto, aunque en términos ontológicos pueda reafirmarse el carácter constitutivo, también implica dificultades en términos metodológicos y analíticos. Por ejemplo, si las interpretaciones del peronismo son parte de su construcción como tal, las interpretaciones de esas interpretaciones — y no es un juego de palabras — son parte de estas últimas y así *ad infinitum*. Y aunque es posible que así sean efectivamente las cosas — Jauretche u Ocampo se constituyeron como intelectuales debatiendo el peronismo, Neiburg se constituye analizándolos a ellos, y así — las alternativas parecieran ser casi inexorablemente o bien la pretensión de objetividad sustentada en los tipos lógicos russellianos (una clase no puede ser miembro de sí misma) o bien diferentes variantes de la reflexividad. Entiendo que el camino escogido por Neiburg se acerca más a este último, aunque la no explicitación de la opción quizás haga más difuso el lugar de enunciación.

Quizás uno de los aportes más importantes de Neiburg consiste justamente en tomar a los intelectuales como objeto, produciendo una distancia que le permita construir desde otro sitio su propia posición. Quiero decir: si al tomar al peronismo como objeto, los intelectuales argentinos se construían a sí mismos mientras construían los significados de “peronismo”, sus discursos se caracterizaron por la pasión y el involucramiento. El peronismo, tal como fue definido por los diferentes actores sociales, exigió que sus propios analistas se posicionaran. Germani, el constructor de la “sociología científica”, es justamente aquel que intenta delinear un lugar “científico” de enunciación, pero desde un posicionamiento político claramente “antiperonista”. En ese sentido, el libro de Neiburg puede ser leído también como un producto de una nueva “cultura” intelectual argentina, como una

muestra de que actualmente ya es posible escapar a aquellas dicotomías que estructuraron la polémica “nacional”, y pensarla desde otro lugar. Tomar distancia, exotizar a través de la teoría los modos en que los argentinos hemos pensado, tornar productiva la distancia cultural — una tesis sobre Argentina escrita en Brasil y para una posgraduación brasileña. Nada de eso, sin embargo, implica que Neiburg pretenda construir un lugar de “neutralidad”, sino, por el contrario, abrir otros campos polémicos que partan de considerar más que a los polos de la discusión a las estructuras compartidas o los modelos subyacentes a cualquiera de las posiciones. Nuevo lugar de enunciación de ardua y trabajosa construcción en una sociedad constituida a través de dicotomías históricamente sedimentadas.

Quizás ese distanciamiento, que se traduce en un nuevo tipo de posicionamiento, se sintetice de manera especialmente notable en el último capítulo del libro. Los relatos actuales sobre la universidad argentina, condensada aquí en la Universidad de Buenos Aires, refieren a un momento idílico, a unos “años de oro” entre 1956 y 1966. Después de la pérdida de autonomía universitaria durante el peronismo y antes de la escena trágica de la “noche de los bastones largos” — la entrada de las fuerzas represivas a la universidad en 1966 — que culminó en una renuncia masiva de profesores a sus cargos y en el inicio de la más grave “fuga de cerebros”, la Universidad de Buenos Aires vivió un período de “modernización” donde se crearon las carreras de sociología, antropología, psicología, entre otras; donde se creó una editorial universitaria con políticas culturales masivas; donde circularon y se debatieron en espacios institucionales las nuevas tendencias del pensamiento social. Neiburg, en su investigación, repone el carácter traumático de esa construcción, donde no sólo se prohibió la entrada de cualquier adepto al régimen peronista, sino donde se estructuró una frontera, muchas veces borrosa, sobre la idoneidad moral de los candidatos a los cargos. Y cuantas menos credenciales intelectuales podían presentar los candidatos impugnados, más se esforzaban en dar pruebas de su trayectoria de oposición. El análisis sumario, la ejecución de actos de fiscalización de trayectorias y adhesiones a la “dictadura” y al “tirano”, ejercidas por asociaciones de ex-alumnos y el directorio de estudiantes, estuvieron no sólo en las bases de la “modernización”, sino que fueron también una de las partes de la edificación de las “bases sociales y culturales de la violencia y la intolerancia en la Argentina” (: 219).

Los nuevos antropólogos sociales

El trabajo de Neiburg abre un campo de indagación clave en la Argentina: el papel de las ciencias sociales en la construcción de la Nación. Su análisis focaliza en un caso: el surgimiento de la “sociología científica” a través del trabajo de Gino Germani. Recientemente, otros trabajos comienzan a señalar líneas interpretativas acerca del papel de los antropólogos en ese mismo proceso. La Argentina nunca fue para los antropólogos occidentales un territorio comparable a México, Brasil, Perú o Bolivia. Su definición como región culturalmente periférica a los centros civilizatorios indígenas se combinó con el éxito del proceso de invisibilización de las alteridades desarrollado desde el estado moderno. En esta línea analítica, Guber y Visacovsky (1998) sostienen que los posicionamientos estatales y académicos forjaron convergentemente los alcances de la antropología argentina. El Otro argentino se definió como “procedente del polo tradicional de la Nación, irrumpiendo en el polo moderno con prácticas políticas calificadas de pre-liberales y autoritarias”. Los migrantes del “interior” abonaban el peronismo y, en el contexto de la dinámica de urbanización, se constituyeron en “objeto” de la sociología científica antes que de la antropología. Sin embargo, entre los años '60 y '70 algunos antropólogos comenzaron a trabajar con nuevos enfoques desde los cuales al tiempo que redefinían la disciplina aportaban otra mirada sobre la Nación⁴.

La mayoría de las investigaciones realizadas en la Argentina se venían ocupando predominantemente de la región litoral y de la sociología industrial o el *capitalist farming*. Así, las ciencias sociales trabajaban sobre la Pampa Húmeda y consolidaban la imagen de una Nación moderna, progresista e industrializada. La diversidad de los modos de producción que convivían en regiones heterogéneas o bien eran ignorados o simplemente concebidos como peculiaridades “culturales”. Archetti, Bartolomé, Vessuri y Hermitte son algunos de los antropólogos sociales que realizan etnografía en la región norte de la Argentina y reponen a través de sus investigaciones una parte de

4 A finales de los '60 y principios de los '70, la producción sociológica es mucho más diversa que en el período fundador de Germani. Su análisis desde esta perspectiva, sin embargo, continúa pendiente.

aquella heterogeneidad invisibilizada. La Argentina no era una “sociedad totalmente penetrada por relaciones capitalistas”, sino que existían amplias regiones donde prevalecían relaciones “precapitalistas”. Pero no como “estado” evolutivo, sino como parte de la estructuración de la desigualdad íntinseca al sistema (Vessuri 1971). Entonces, para estos antropólogos la Argentina se perfilaba “como una nación desigual, pero esta desigualdad no seguía el patrón étnico ni racial”, sino una complejidad “socio-productiva” (Guber y Visacovsky 1998).

Para hablar de la Nación había que hablar también del peronismo. Por ejemplo, en la zona del trabajo de campo de Vessuri la continuidad del sistema de patronazgo se encontraba con una gradual declinación de la finca y con el desarrollo de la organización obrera. “En este proceso la emergencia del peronismo jugó un papel crucial”, ya que provocó la ruptura del sistema socioeconómico de patronazgo. Sin embargo, en este contexto rural más que producir su desaparición, el peronismo implicó una variación: “Perón puede ser considerado como el último verdadero patrón, quien dio el *coup de grâce* a una organización social en decadencia” (Vessuri 1971). Entonces, el surgimiento de la antropología social se encuentra imbricada a la vez con otros modos de concebir la Nación y, por lo tanto, con la construcción y adjudicación de otros significados para “peronismo”.

Quizás un trabajo donde estos elementos se condensan es en *El Cabecita Negra* de Hugo Ratier (1971). “Cabecita negra” es la fórmula estigmatizante con la cual las clases altas y medias de las ciudades aluden a la masa inmigratoria proveniente del “interior” del país. Evidentemente, constituye una operación racista, pero la peculiaridad del caso argentino consiste justamente en que ese racismo se encontraba en función de una operación política. Los obreros-morenos-provincianos se sintetizan en una identidad política: el peronismo. Y en “cabecita negra” estaba “el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasiracista de porteños y provincianos: ser ‘negro’ era ser peronista, y viceversa. Y los ‘negros’ pisaban fuerte” (Ratier 1971: 13). Cuando Ratier escribe esto y produce un éxito editorial antropológico, la época de la “autoculpabilización” de los intelectuales de izquierda y progresistas de fines de los ’50 se encontraba lejos. Un sector notable de los intelectuales había definido diversos modos de alineación. Por

ello, su libro daba cuenta de otro modo de concebir la Nación y el peronismo, y “podría interpretarse como una aspiración que muchos argentinos tenían de constituir una nueva realidad política, revirtiendo el signo degradante adscripto a las mayorías racio-político-regionales” (Guber 1998).

Una nota sobre la contemporaneidad

El libro de Neiburg tiene otra peculiaridad de la etnografía: su carácter sinecdótico. Al igual que sus “informantes”, al intentar explicar una relación particular entre intelectuales y peronismo Neiburg procura alcanzar algunos elementos constitutivos de la formación histórica que dio en llamarse “cultura argentina”. Y su aporte se articula y complementa otras producciones etnográficas. En términos comparativos con otros países latinoamericanos, el caso argentino constituye una matriz en la cual el modo cultural en el cual se desarrollaron las luchas sociales fue fundamentalmente en un lenguaje político. En términos generales, la cuestión étnica nunca ha tenido un peso hegemónico ni en las políticas de Estado ni en las afiliaciones de los principales movimientos sociales. Durante el siglo XX no ha habido planteos sesesionistas ni agrupamientos partidarios (al estilo del katarismo boliviano) sustentados en un “origen cultural común”. La cultura de la disputa social ha utilizado un código político. Incluso, los usos de fórmulas racializadoras, como “cabecita negra”, han tenido una función eminentemente política.

Las condiciones sociales que forjaron esta modalidad específica en que se formularon las luchas de poder se vinculan a las características de la Organización Nacional iniciada de 1880. A través de la “Conquista del Desierto” los aborígenes fueron aniquilados o dispersados en la periferia y a través del servicio militar obligatorio y de la escuela pública se instrumentó una política de argentinización del enorme contingente migratorio. Y esa compulsión asimilacionista o política de desetnicización (Segato en este volumen) fue ampliamente exitosa. No porque no se hayan planteado reacciones xenófobas hacia los mismos inmigrantes europeos, sino porque la política de estado implicó otorgarles mayores beneficios que a los nativos (Halperín Donghi 1987) y combatirlos en ciertas coyunturas no por su origen migratorio, sino

en tanto socialistas y anarquistas que promovían la organización obrera. Si el modo en que se imaginó la Nación constituyó un modo eminentemente político, puede comprenderse por qué las disputas intelectuales se organizaron y las sociodiceas particulares se construyeron en gran medida contraponiendo peronismo y antiperonismo, y no indigenismo o reivindicaciones negras a estados blancos.

Sin embargo, en estas décadas la Argentina cambió en muchos aspectos y aquella matriz de cultura política parece comenzar a articularse actualmente con otras, más vinculadas a las políticas de identidad. Al compás de procesos de transnacionalización y también de cierta percepción de agotamiento de los modelos políticos tradicionales, no sólo los inmigrantes limítrofes se organizan en términos étnicos, sino que se esbozan procesos de etnicización de “antiguas colectividades” y aparecen en la escena pública grupos indígenas que se consideraban extinguidos. Un siglo después de que la “aplanadora cultural” del Estado consiguiera invisibilizar las diferencias y constituir una “formación de diversidad” sustentada en el presupuesto de homogeneidad, una multiplicidad de fenómenos abren la incógnita acerca de cómo se resolverán las articulaciones entre las matrices históricas y los procesos contemporáneos. Esos nuevos movimientos también tienen sus intelectuales.

Sin embargo, parece claro que hoy no es posible que surja una figura como Arturo Jauretche, un modelo, como señala Neiburg, de intelectual nacional y popular. O, al menos, no es el modo en que actualmente los intelectuales construyen su sociodicea. Una parte importante de los intelectuales argentinos no sólo parece buscar construirse como tal distanciándose de la intervención política, sino que incluso en las producciones más destacadas de los últimos años parece desdibujarse cualquier idea de Nación. Mientras en algunas de las nuevas tendencias de los estudios culturales locales tiende a imponerse una retórica estetizante y hasta una mirada culturalista, algunos antropólogos, sociólogos e historiadores muestran en sus trabajos la persistencia y la resignificación de la Nación en múltiples sectores desplazados de los centros hegemónicos de producción simbólica. Cuando los intelectuales más reconocidos insinúan que las identificaciones con la Nación sólo se vinculan al fútbol y a las copas del mundo (y olvidan o menosprecian procesos de las zonas

fronterizas, en sectores del movimiento obrero o las organizaciones de ex-combatientes de Mavinas, por nombrar unos pocos casos), se abre la incógnita acerca de si también ahora serán parte de la invención de una nueva identificación y una nueva matriz o si sólo es otro capítulo de la separación entre ellos y los procesos sociales que ocurren fuera de las calles céntricas de Buenos Aires.

BIBLIOGRAFIA

- CERNADAS, Jorge. 1997. "Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual: *Sur*, 1955-1960". En AA.VV. *Cultura y Política en los Años 60*. Buenos Aires: CBC-UBA. pp. 133-50.
- GUBER, Rosana. 1998. "'El Cabecita Negra' o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina". Buenos Aires: mimeo.
- GUBER, Rosana y Sergio VISACOVSKY. 1998. "De las 'Antropologías Nacionales' a la Nacionalidad en la Antropología. Un caso argentino". Buenos Aires: mimeo.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. 1987. "¿Para qué la Inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)". In *El Espejo de la Historia*. Buenos Aires: Sudamericana. pp. 189-238.
- MURMIS, Miguel y Juan Carlos PORTANTIERO. 1984. *Estudios sobre los Orígenes del Peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- NEIBURG, Federico. 1992. O 17 de Outubro na Argentina: espaço e produção social do carisma". *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 20(7): 70-89.
- RATIER, Hugo. 1971. *El Cabecita Negra*. Buenos Aires: CEAL.
- SIGAL, Silvia y Eliseo VERÓN. 1986. *Perón o Muerte*. Buenos Aires: Legasa.
- TERÁN, Oscar. 1991. *Nuestros Años Sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- TORRE, Juan Carlos (org.) 1988. *La Formación del Sindicalismo Peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- VESSURI, Hebe. 1971. *Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina*. Tesis de Doctorado, Oxford University.